

**Las
mujeres
y el
psicoanálisis**

Norma Pasamar Mastrorilli

ENTRE los concurrentes al Congreso Sicoanalítico de Weimar realizado en el año de 1911, se encontraba Lou Andreas Salomé. Mujer de gran cultura y fino instinto para el hallazgo de lo intelectual, no tardó en sentirse cautivada por la «ciencia nueva». No faltó a ninguna de las reuniones. Oyó a Ferenczi disertar sobre la homosexualidad, a Sachs sobre las relaciones del psicoanálisis con las ciencias naturales, a Rank sobre «El tema de la desnudez en la poesía y la leyenda», a Freud mismo, hablar sobre el totemismo.

Lou se sintió vivamente impresionada por lo brillante de las exposiciones; en su diario reseña: «las sensaciones tan vitales y contradictorias» que «la hicieron especialmente receptiva a la sicología profunda de Freud: la vivencia de lo extraordinario y extraño en el destino síquico de un individuo». El 27 de septiembre de 1912, Andreas Salomé escribe una carta al profesor Freud para pedir su admisión como alumna en las clases que se dictarían en Viena. Exégeta de Nietzsche, musa de Rilke, Lou presenta antecedentes suficientes para ser admitida. Freud contesta galantemente a su carta: «...Yo había interpretado ya su participación en el Congreso de Weimar como un presagio favorable».



Las concepciones de Lou sobre sexualidad femenina hoy harían bramar de indignación a las militantes feministas. Tildaba de «banal» la lucha de los sexos y de desgastante e inútil «la victoria de un sexo sobre el otro». (En la imagen, Lou Andreas-Salomé.)

LOS aportes que esta destacada mujer brindara a la nueva ciencia no pueden inscribirse como descubrimientos. Sus escritos más originales versan sobre sexualidad femenina y, aunque impregnados de teorías freudianas, se encuadran más en el campo del ensayo literario que en el científico. Freud la llamará la «poetisa del sicoanálisis».

Las concepciones de Lou sobre sexualidad femenina hoy harían bramar de indignación a las militantes feministas. Tildaba de «banal» la lucha de los sexos y de desgastante e inútil «la victoria de un sexo sobre el otro». Cataloga a las mujeres con fijación clitoridal masculina de histéricas graves y a la mujer sana como «receptora». Para Lou, son débiles aquellas mujeres que temen el intercambio amoroso con el hombre como «amenaza para una vida autónoma del Yo o de las obligaciones sociales de cada día».

A partir de 1912, «punto de giro en su vida», como ella denominó su encuentro con Freud, Andreas Salomé dedicará su vida al estudio y a la práctica del sicoanálisis. Con el tiempo se



Sigmund Freud
a los 16 años,
con su madre, Amalie
Nathanson.
(Col. Ernst Freud.)

convertirá en una de las más sutiles intérpretes del carácter y de la obra de Freud.

El psicoanálisis fue una de las pocas doctrinas que desde sus inicios no ejerció discriminación en contra de las mujeres, al igual que éstas tuvo que luchar por su reconocimiento.

Freud sostenía que era: «una total incongruencia... excluir a las mujeres por principio».

Pese al apelativo de «machista victoriano», que muchas feministas hoy arrojan sobre la memoria del profesor vienés, éste se sintió siempre fuertemente atraído por mujeres de tipo intelectual. En su juventud, fue Minna,

hermana de su esposa, la confidente de sus descubrimientos. En 1920, mujeres jóvenes, «emancipadas» lo rodearían con su admiración y ternura. Marie Bonaparte, Helene Deutsch, Ruth Mack Brunswick, Jeanne Lampl de-Groot se sintieron más sus hijas adoptivas que sus discípulas. Estas mujeres elaborarían decisivos descubrimientos sobre la relación preedípica con la madre: su condición femenina las hacía singularmente aptas para determinadas exploraciones transferenciales. Freud era consciente de que él, como analista masculino, no había podido llegar a iluminar la fase anterior al complejo de Edipo tan fundamental para la formación de la fe-

minidad. Las analistas serían las encargadas de aportar un testimonio definitivo para el psicoanálisis: el padre «fundamental» y los hombres que lo siguen sólo serían figuras secundarias, ya que el primer objeto amoroso lo ocupa la madre «esencial» para ambos sexos.

La competencia, la rivalidad científica no ensombrecería la relación de Freud con las nuevas alumnas. Con ellas no se repetirían los dolorosos enfrentamientos que llevaron a la separación del movimiento a Adler, Stekel y Jung años antes. Jones, su biógrafo oficial, declaró que «nunca en su vida acusó Freud a una mujer de haberlo traicionado o decepcionado». Helene Deutsch, fue, sin lugar a dudas, una adelantada a su época. Cuando joven había expresado su deseo de ser abogada para ayudar con sus conocimientos a la causa de la emancipación femenina. Su elección final de la carrera de medicina y su posterior especialización en psiquiatría la ubican entre las «fuera de serie» de aquellos años. Allá por el 1920 se la recuerda como la Helena de Troya del movimiento: capaz, hermosa y acreedora del cariño de Freud.

A Helene le había costado muchos esfuerzos, dada su condición femenina, ser admitida como psiquiatra en la clínica de Wagner-Jauregg. Sin embargo, el clima del hospital pronto se le haría intolerable. Su adhesión a Freud la llevaba a enfrentarse diariamente con aquellos que ridiculizaban las nuevas teorías de su maestro. Nunca lamentó su renuncia al saber tradicional.

Comienza su análisis personal con Freud; de boca de su creador, Helene aprenderá las nuevas técnicas. Los años le probarían lo acertado de su elección: su carrera fue una larga serie de triunfos y reconocimientos. Paradójicamente, en sus escritos desconfiaba de la mujer especulativa: «Muchas mujeres intelectuales son en realidad simple fugitivas... por regla general, esas mujeres son más intelectualizantes que intelectuales». Tuvo el honor de ser reconocida como importante colaboradora en las teorías psicoanalíticas. En el artículo «Algunas consecuencias psicológicas entre la diferencia anatómica de los sexos», Freud reconoce: «En los valiosos y completos estudios de los complejos de masculinidad y de castración en las mujeres de Abraham, Horney y Deutsch, hay muchas alusiones a fenómenos próximos a los que he descrito...».

Pese a su independencia, a sus éxitos, Helene no pudo evadirse como tantos otros, a una desmedida admiración por su maestro. Una especie de amor sublimado la llevó a autodenominarse como «la sombra de Freud».



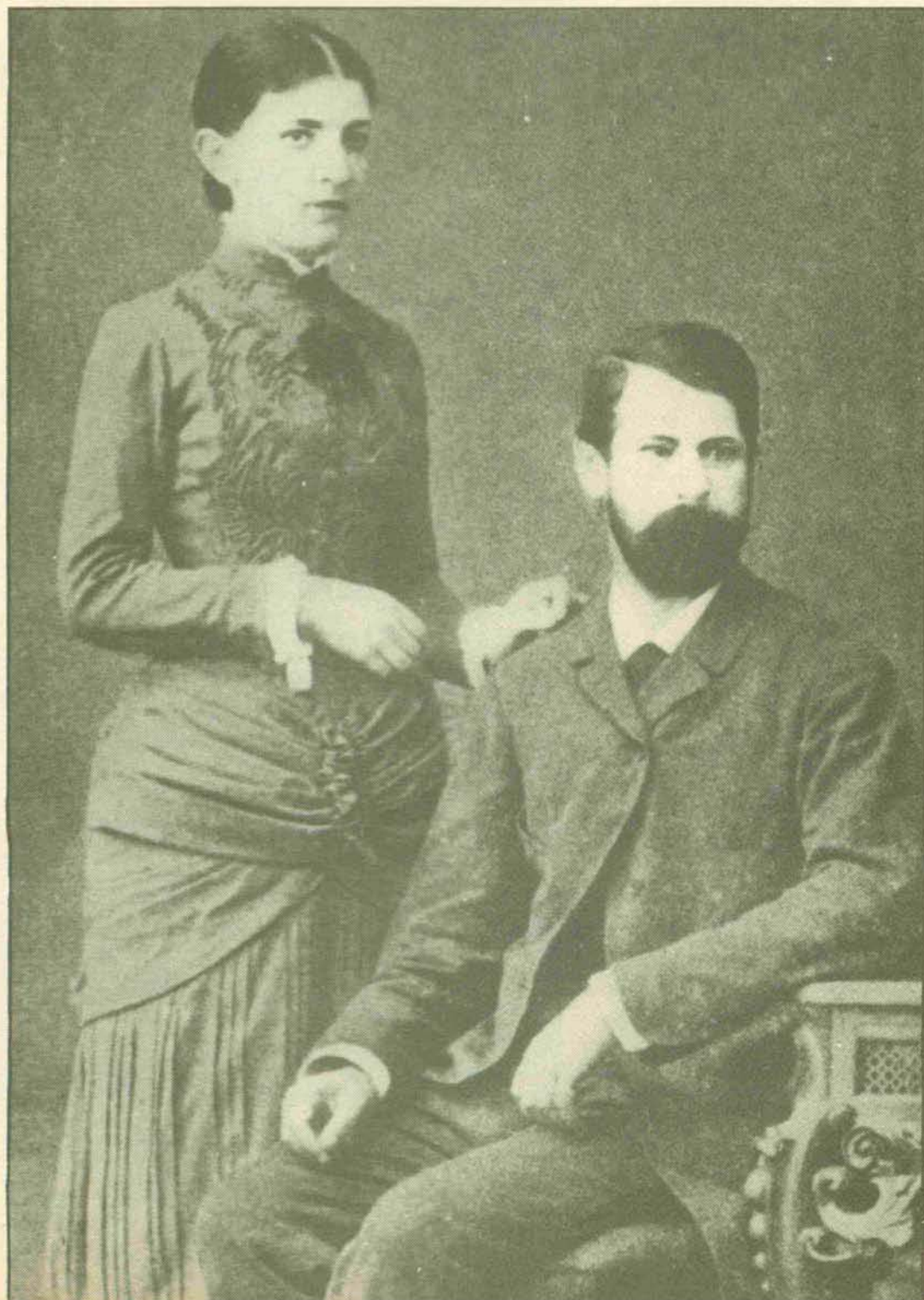
A partir de 1912, «punto de giro en su vida», como ella denominó su encuentro con Freud, Andreas-Salomé dedicará su vida al estudio y a la práctica del psicoanálisis. Con el tiempo se convertirá en una de las más sutiles intérpretes del carácter y de la obra de Freud.
(Lou Andreas-Salomé en su juventud.)

Germaine Greer, feminista actual, comenta en forma desdeñosa la aseveración de Deutsch cuando ésta dice: «sólo la presencia de un hombre, del que dependa absolutamente una mujer, puede conferir importancia a una mujer». Aunque justas, las críticas de Greer contienen una equivocación: no es a su compañero sexual al que Helene rinde homenaje; su canto de amor tiene a Freud por destinatario.

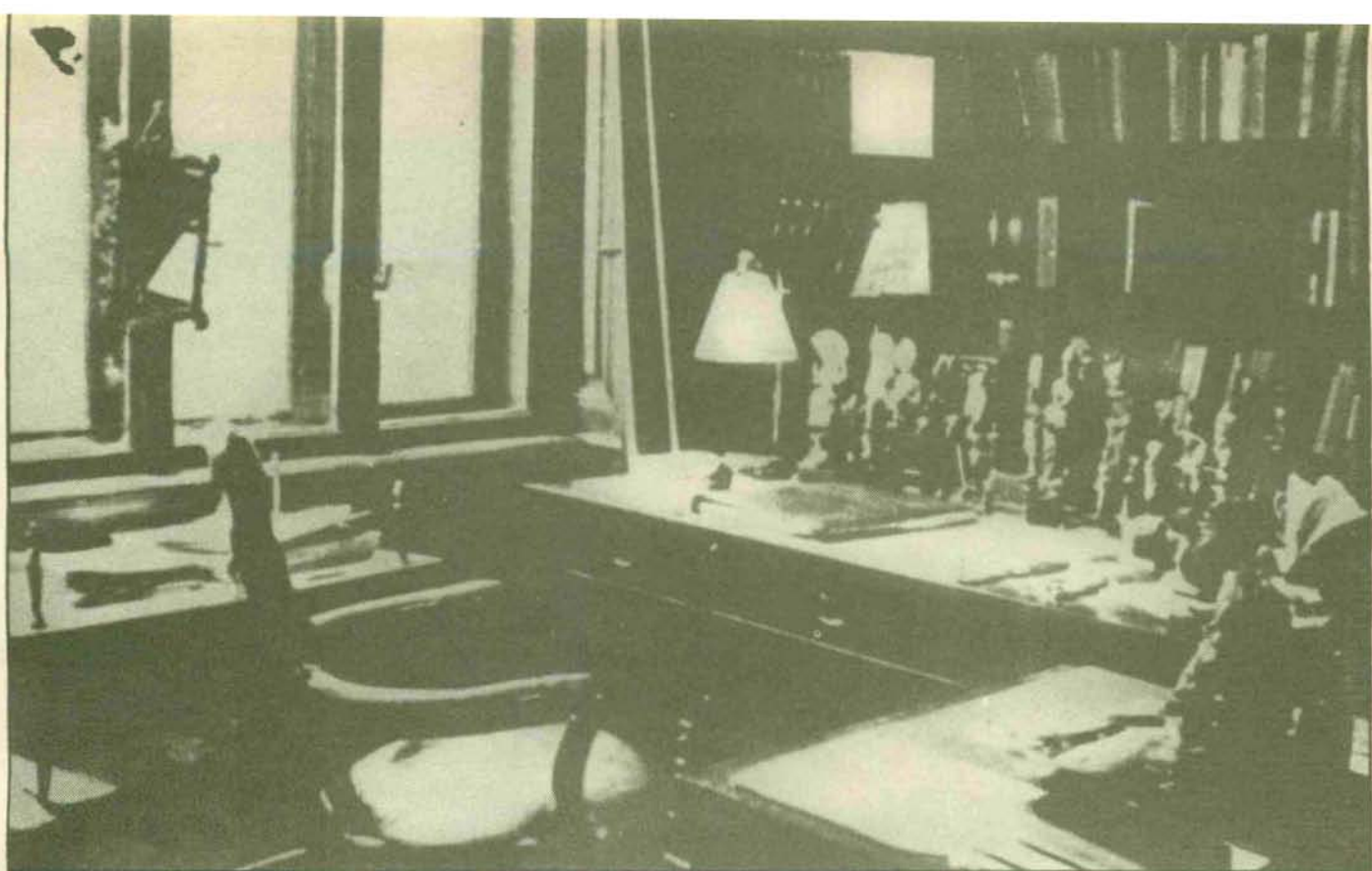
Deutsch es la autora de la exitosa obra «La psicología de las mujeres». Sin embargo, su conocimiento del alma femenina no la liberó del padecimiento de los celos: Ruth Mack Brunswick fue su gran competidora en el campo científico y en el del afecto de Freud. En efecto,

el maestro consideraba a Brunswick dotada de una capacidad natural para el estudio de la psicología.

Freud sentía especial cariño por un antiguo paciente suyo, aquél a quien inmortalizara en uno de sus más famosos ensayos: «El hombre de los lobos». Cuando tuvo que derivar su tratamiento eligió a Ruth para que lo reemplazara en esa importante y difícil tarea. Brunswick, no dio mayor trascendencia al honor conferido. La terapia de los pacientes no le interesaba mayormente. Estaba convencida y quería probarlo que era en ese vínculo emocional arcaico, denominado preedípico, donde se hallaban las raíces del conflicto sicótico. En 1925 ya había estructurado su hipótesis, en



El psicoanálisis fue una de las pocas doctrinas que desde sus inicios no ejerció discriminación en contra de las mujeres, al igual que éstas tuvo que luchar por su reconocimiento. Freud sostenía que era «una total incongruencia... excluir a las mujeres por principio». (Freud con su novia Martha Bernays, en septiembre de 1885.)



Freud era consciente de que él, como analista masculino, no había podido llegar a iluminar la fase anterior al complejo de Edipo tan fundamental para la formación de la feminidad. (El estudio de Freud, en Viena.)

ella se basaría Freud para admitir seis años más tarde, en 1931 que: «Esa primera fase preedípica en las niñas constituye una sorpresa para nosotros, como el descubrimiento en otro dominio, de la civilización miceno-minoica tras la civilización de Grecia».

Con Helene Deutsch y Ruth Mack Brunswick comienza una nueva e importante etapa del psicoanálisis: la mujer analista descubriendo a la mujer analizada.

En el año 1939, Ruth expresó su vivo deseo de visitar al maestro moribundo. Freud se negó a recibirla. Consideraba la ansiedad de su discípula como «la eterna necesidad femenina de ver morir al padre».

Freud había creado una ciencia nueva, simplificando podríamos decir que fue el descubridor del inconsciente. Conocedor de la importancia de su empresa, no pudo sustraerse a la tentación de crear una especie de rito ceremonial: instituyó el otorgamiento de una sortija como símbolo de reconocimiento a quienes con sus aportes, ayudaron al desarrollo y a la difusión del psicoanálisis. Entre las mujeres, se hicieron acreedoras a la distinción Lou Andreas Salomé, la esposa de Ernest Jones, Ruth Mack Brunswick, Anna Freud y Marie Bonaparte. A Marie Bonaparte se la conocía entre los estudiosos del círculo vienés con el cariñoso apelativo de «la princesa». Esta encarnaba el tipo de mujer hermosa, inteligente y narcisista capaz de fascinar a cualquier hombre. Freud no fue en este sentido una excep-

ción. La admitió en su círculo científico y en sus veladas familiares.

Marie era una descendiente directa de Lucien, el hermano de Napoleón. Desde muy joven dio muestras de que su vida no se ajustaría a los moldes que rigen para una princesa convencional. Su familia tuvo que oponerle una férrea intransigencia para disuadirla de estudiar medicina, profesión considerada inadecuada para una aristócrata. El príncipe George, su marido, tuvo una actitud más tolerante: sus entusiasmos psicoanalíticos le fueron permitidos a la manera de un nuevo juguete sofisticado. Mas para la princesa, el estudio no representó un capricho pasajero. Entregó todas sus energías a la nueva ciencia y sucumbió, como tantos otros, al encanto personal de Freud. Mary abandonó su afición por las artes y renunció a los halagos de la vida principesca. Los que la conocieron íntimamente aseguran que ganó con el cambio: su acercamiento espiritual con el maestro fue fuente de enriquecimiento para su personalidad. De Marie Bonaparte nos ha llegado como única producción literaria, un ensayo sobre Edgard Allan Poe. El profesor, como muestra de amistad, redactó la nota introductoria.

Freud no es el único caso de hombre famoso que en su vejez se ha visto rodeado de una corte de admiradoras. Pero, la mujer decisiva de sus últimos años fue Anna, su hija menor. Esta encarnó de forma convincente las teorías acerca del fuerte amor que las niñas sienten por su padre. Freud respondió a su cariño en



En Worcester, Massachusetts, en septiembre de 1909. Fotografía tomada en recuerdo del viaje a América de Freud. De izquierda a derecha, desde arriba: A. A. Brill, E. Jones, S. Ferenczi, S. Freud, S. Hall, C. G. Jung. (Col. Ernst Freud.)

forma equivalente. La consideró la más valiosa de sus hijas. Nunca quiso para ella la sumisión al papel de esposa y madre que según algunos era su ideal para la mujer.

A Freud le interesaba tanto la formación intelectual de Anna, que contraviniendo una de las explícitas reglas del psicoanálisis, se convirtió en su primer analista. Para el padre y para la hija la ciencia del inconsciente estaba por encima de cualquier otra consideración y, ¿quién mejor que Freud para iniciarla en las nuevas técnicas?

Anna fue analizada por un genio que era a la vez su propio padre. La operación entrañaba peligros, sin embargo, los años al transcurrir demostraron que el análisis había sido exitoso: Anna Freud ha ganado justificadamente la fama de ser una de las más notables investigadoras de la psicología de los niños. Pese a ser un enamorado de la infancia, Freud no se interesó demasiado en el análisis de pequeños. Su magistral ensayo sobre Juanito (Análisis de la fobia de un niño de cinco años), fue redactado gracias al material proporcionado por el padre de la criatura; no fue un tratamiento directo. Quizá para reparar la omisión expresó:

«Me alegro de poder decir que mi hija Anna ha dedicado la vida a este estudio y de ese modo compensado mi desinterés». Sin embargo, el profesor, tenía puntos de vista definidos en cuanto a la educación sexual de la infancia: «... hay que hablar desde el principio de la vida sexual sin secretos delante de los niños... la instrucción debe, sobre todo, hacerles comprender claramente que se trata de actos de ternura».

El libro más famoso de Anna Freud, «El yo y los mecanismos de defensa», le fue presentado a su padre cuando éste cumplió los ochenta años. En 1935 Freud había declarado: «El único detalle brillante de mi vida es el éxito de la obra de Anna». El elogio no es desmedido: en una reciente encuesta efectuada entre psicoanalistas y psiquiatras para determinar a quién se consideraba el más destacado representante vivo en su especialidad, Anna Freud encabezó la lista.

Melanie Klein, contemporánea de Anna, fue su más decidida competidora en el campo de la investigación psicológica infantil. Esta notable investigadora formada en Budapest y en Berlín, desarrolló técnicas que convirtieron la

terapia educativa de Anna Freud en un verdadero psicoanálisis para niños.

Klein logró preservar su autonomía intelectual. Sin romper con los encuadramientos básicos del psicoanálisis, sus teorías descubren una marcada originalidad.

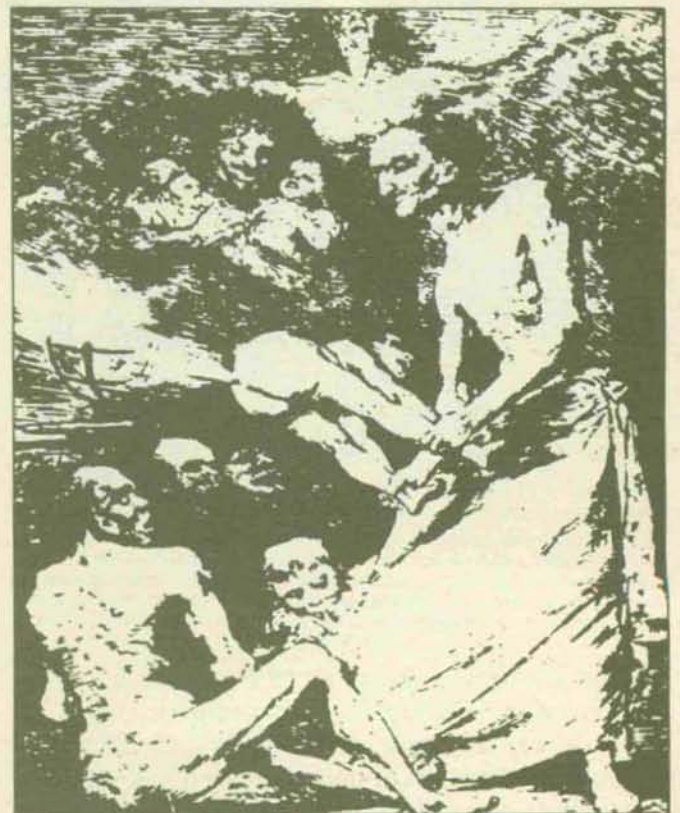
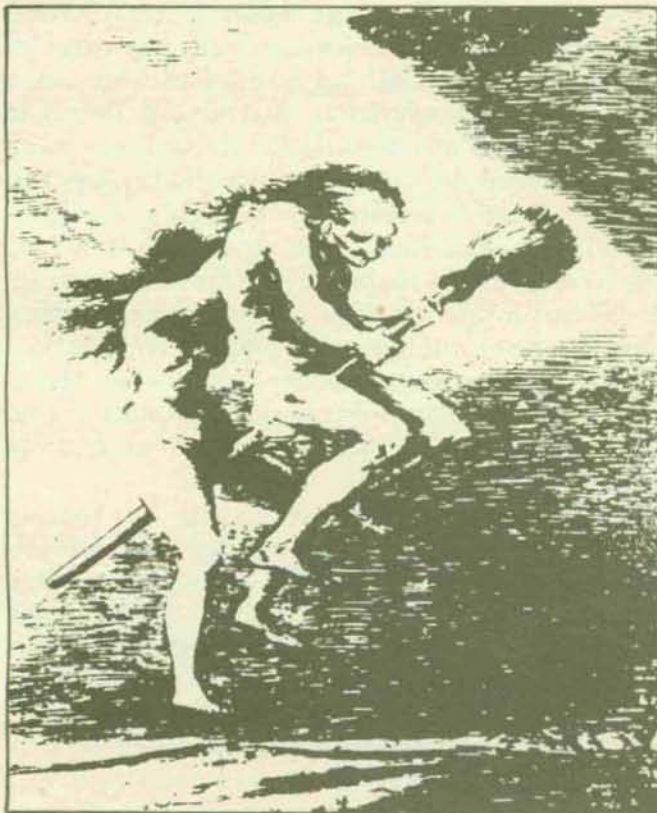
Pese a que algunos colegas aseguran que no amamantó a sus hijos, Klein dio una importancia enorme a la función del pecho materno en la génesis del psiquismo. Equiparó la famosa «envidia del pene» freudiana, a la novedosa «envidia de los senos» sentida por los hombres.

Para Klein el desarrollo normal infantil está vinculado a profundas capas sicóticas. Iconoclasta de la imagen clásica del bebé, señaló la existencia de agresividad en el lactante en contra de su madre. Algunos catalogaron sus nuevas teorías de geniales, otros de extravagantes, cuando no de disparatadas. Lo cierto es que las hipótesis kleinianas no tardaron en extenderse a la cura de adultos sicóticos. Universalizó para todos los seres humanos, sin salvación, el padecimiento de la hipocondría, la melancolía y la manía. Freud detestaba el giro que tomaban los estudios de Melanie, quizá porque estaban orientados a investigar los aspectos no sanos del yo. En una carta a Jones comenta: «No considero de poca importancia nuestras diferencias teóricas (con Klein), pero, mientras no exista mala voluntad

en ellas, no pueden producir consecuencias fastidiosas».

En 1924, Karen Horney, en su estudio «Acerca de la génesis del complejo de castración en las mujeres» aborda el controvertido problema de la feminidad. Considera Horney que las mujeres insatisfechas con su sexo tienen razones valaderas para albergar este sentimiento. En sus escritos, conceptos neutrales del psicoanálisis se volverán reproches femeninos; la desventaja de la niña se tornará en acusación al mundo del hombre. El analista masculino teorizará acerca de las mujeres y éstas se someterán a sus fantasías machistas contrariando su verdadera naturaleza. El hándicap biológico de las mujeres estaría condicionado por la realidad social. Pero no era este encuadre biologizante el elegido por Freud para la discusión de sus ideas; en una ocasión declaró: «Me opongo a todos vosotros en la medida en que no distinguís claramente entre lo que es síquico y lo que es biológico...». Para Horney, la mujer es creada en la naturaleza, para Freud, realizada en la cultura.

Allá por el año 1920 W. Reich llamó la atención sobre un peligro que se cernía sobre el psicoanálisis: «Aquellos analistas que son optimistas con respecto a la propagación popular de las ideas psicoanalíticas, están cometiendo un grave error. Precisamente esta popularización es un síntoma de la declinación



Freud fue el descubridor del inconsciente. Conocedor de la importancia de su empresa, no pudo sustraerse a la tentación de crear una especie de rito ceremonial: instituyó el otorgamiento de una sortija como símbolo de reconocimiento a quienes con sus aportes, ayudaron al desarrollo y a la difusión del psicoanálisis. («Linda maestra» y «Sopla», dibujos de Goya.)



«Freud jamás se interesó por la adaptación de sus pacientes a la sociedad de su época, les permitía resolver sus problemas, uno de los cuales era su relación con el medio... no más ni menos que su relación conyugal, por ejemplo, que no trataba en un plano realista, como haría un consejero.» (Freud parte para Londres, en junio de 1938.)

del sicoanálisis». Hoy, O. Mannoni hace otra advertencia: «Sería menos peligroso que la obra de Freud fuese criticada y atacada por sus adversarios en el centro mismo de su originalidad, que defendida y predicada por partidarios que la escamotean». Es en Estados Unidos, sobre todo, donde el abuso de un

seudo sicoanálisis transformó las revolucionarias teorías freudianas en agentes punitivos del sistema. Y si muchas terapias el fin que persiguen es readaptar a las mujeres a un status quo conservador relegándolas a la función clásica de servidoras del hombre, no es Freud el culpable. A él se le atribuyen postulados, recomendaciones, de los que no es responsable. A las primitivas teorías se han acoplado influencias de ideologías extrañas a las preocupaciones freudianas; provienen de la medicina, de otras técnicas psicológicas, de filosofías empiristas y aun de la moral y de la sociología. Lamentablemente, es en la obra de destacadas autoras feministas donde se reflejan los malentendidos populares. Bastaría leer a Freud, en vez de adjudicarle las ideas ingenuas y burguesas de las que justamente él se ha esforzado por liberarnos. Publicado en 1949 «El segundo sexo», de Simone de Beauvoir, se anticipa en casi dos décadas al florecimiento del movimiento feminista. Ninguna teórica del problema lo ha pasado por alto. Es un texto básico. La obra más coherente y completa conocida hasta la fecha sobre la situación femenina en la sociedad patriarcal. Refuta de manera sistemática las teorías freudianas, pero desgraciadamente no polemiza con el Freud original, sino con una amalgama de autores post-freudianos y con cismáticos del movimiento sicoanalítico. Así, las teorías de Adler, Stekel y Jung son englobadas como freudianas. Justamente Adler y Stekel rompieron con el movimiento porque sus apreciaciones sobre sexualidad no encuadraban en la ortodoxia sicoanalítica. Atribuye a Freud la existencia en sus postulados de una superioridad original del hombre; para ella tal superioridad estaría socialmente inducida. Creemos que muchas de las teorías de Beauvoir acerca de la influencia social en la diferenciación sexual hubieran contado con la calurosa aprobación de Freud, de haber podido éste leerlas. Quizá el error principal de la autora fue discutir el sicoanálisis como sistema filosófico y no en el campo de lo que pretende ser: un método científico de investigación.

Betty Friedan teoriza acerca de las teorías freudianas en su obra «La mística de la feminidad», aparecida en 1965. Su apreciación de las doctrinas sicoanalíticas es historicista: las ideas que en la Viena de fin de siglo pudieron ser revolucionarias, hoy resultan obsoletas. Para Friedan las mujeres emancipadas del siglo XX no pueden equipararse a las histéricas «fin de siècle», de cuya observación Freud nutría sus teorías. No es ciertamente novedoso el interpretar las cartas que Freud escribiera a su prometida Marta. De dichas misivas de

enamorado juvenil, deduce que el creador del psicoanálisis era un irredento varón machista. ¿Por qué siempre se omite señalar el apoyo incondicional que Freud dispensó a la vocación intelectual de su hija Anna?

Del movimiento feminista inglés ha surgido Eva Figs, que en 1960 publica su libro «Actitudes patriarcales». Como Friedan enfoca la obra desde un punto de vista historicista y hace omisión explícita del psicoanálisis. Otra vez el retrato del grotesco falocentrista victoriano. Equivocado estudio sobre un pensador que al igual que Marcuse sostiene que la dosis de represión sexual es superior a la que la civilización exige.

Para esta autora la cura psicoanalítica es sinónimo de adaptación a la sociedad burguesa y machista. Mannoni, gran conocedor de la obra de Freud asegura que «Freud jamás se interesó por la adaptación de sus pacientes a la sociedad de su época, les permitía resolver sus problemas, uno de los cuales era su relación con el medio... no más ni menos que su relación conyugal, por ejemplo, que no trataba en un plano realista, como haría un consejero». El descubridor del inconsciente tuvo en cuenta las demandas específicas culturales que influían sobre la formación de la feminidad: no se pronunció sobre si eran correctas o erróneas. Nunca pretendió ser un sociólogo, menos aún, un moralista.

Shulamith Firestone, Kate Millet no aportan novedades al debate. Firestone, como forma más insólita de resistencia, propone que Freud era más un poeta que un científico.

No es nuestro propósito sostener que las teorías freudianas sobre la feminidad, sus contribuciones para desterrar tabúes sexuales, sean completas ni perfectas. Pero al rechazar violentamente a un Freud que no es tal, se oculta la base más sólida con la que contamos hasta el momento para penetrar en la psicología femenina. La renuncia al psicoanálisis equivale a la renuncia a una ciencia fundamental para terminar con los aspectos psicológicos de la opresión de la mujer.

Coincidimos con el pensamiento de Mannoni, quien expresó:

«Aunque es deseable que un día la obra de Freud sea venerada como el primero e imperfecto comienzo de una «ciencia» que tal vez la desborde, hoy aún es necesario defenderla contra las fuerzas represivas que, como en los primeros comienzos, aunque con menos ruidos, quieren cubrirla y enterrarla». ■ N. P. M.

Busto de Freud, realizado por P. Königsberger, colocado en 1955 en el patio central de la Universidad de Viena.

